

## CONOCIMIENTO DEL ESTE

*Alberto Falcionelli*

En el momento actual -tal como ha ido preparándose a consecuencia y a continuación del segundo conflicto mundial -a través de la guerra fría, de la política de coexistencia pacífica, de la distensión, del endurecimiento renovado de la relación internacional-, el Oeste sigue sumándose en los Estados Unidos, el Este en la Unión Soviética, pues el a veces mal llamado "tercer mundo" sigue sin encontrar su propio asentamiento cuando no su naturaleza misma. Con el fin de aprehender con mayor precisión la fisonomía de nuestro tiempo, el método menos imperfecto seguirá siendo el que consiste en remontar de los efectos a las causas de tal suerte que, una vez correctamente aprehendidas, éstas nos permitan colocar aquéllos en su verdadera dimensión. Este movimiento en retorno nos ayudará a encontrar proporciones y a dar a todo acontecimiento que, en el momento en que se produce, nos aparece como determinante, el lugar que le corresponde realmente en la evolución histórica. "Quien tiene las causas tiene los efectos" en la medida en que quien se limita a registrar los hechos puede no descu-

**brir sus causas reales y darles una importancia que de hecho pueden no tener.**

**El título del presente capítulo indica por sí solo cual es la preocupación que, desde el comienzo mismo, anima este trabajo: adoptar como punto de partida un conocimiento conveniente de lo que ha ido registrándose en la Unión Soviética, en el ámbito del comunismo general y en el resto del mundo como proyección de la acción internacional, diplomática o no, de esta potencia. Pues es evidente, innegablemente, que, a partir de 1945, todos los movimientos políticos del así llamado mundo libre se han cumplido, en función de reacción o de resignación ante la actividad política del Kremlin. Es en esta función que solamente es posible responder al interrogante que nos formulamos después de Oswald Spengler y que, asimismo, nos obliga a preguntarnos con Julio Retamal: "Después de Occidente ¿qué?".**

**En primer lugar, nos vemos obligados a admitir que éste, que era hace cuarenta años, un mundo de problemas difíciles ha acabado transformándose casi sorpresivamente porque nuestros dirigentes políticos han tardado bastante en caer en la cuenta, en un mundo de problemas insolubles salvo, aparentemente, por el camino de la catástrofe universal. Tanto para el Este como para el Oeste, para el Norte como para el Sur.**

**Sin embargo, en pleno recorrido, o sea, a comienzos de los años 60, todo se presentaba aún con luces tan brillantes que encontraban su culminación en la elección de John Fitzgerald Kennedy a la presidencia de los Estados Unidos y en la elevación de Angelo Roncalli al Solio Pontificio.**

**Todo estaba a punto de arreglarse definitivamente bajo la égida de la Organización de las Naciones Unidas que, tarde o temprano, sería reconocido por doquiera cual supergobierno mundial instalado sin contestación sobre un planeta limpiado ya de sus obsoletas fronteras y por fin empeñado exclusivamente en el establecimiento de la paz perpetua**

y de la felicidad universal.

Pero sucede que "la guerra en cuestión" -como la analizó hace unos treinta años el francés Jules Monnerot- surge a la vista de todos por encima del Pacto de Helsinki y de sus derivaciones ofensivas de los soviéticos frente a un mundo occidental reducido a la defensiva (en el mayor número de los casos ésta no pasa de defensa pasiva); esa guerra en cuya venida nadie aceptaba creer si bien muchos la veían acercarse inexorablemente, aun en los momentos de mayor optimismo del período que se ha cerrado con estampido demoledor sobre las ilusiones de los calculadores de Europa y de América. Así, durante los años condicionados por las planificaciones cibernéticas de los intelectuales de la Nueva Frontera adoptadas por sus sucesores (hasta la llegada de Reagan), las alianzas más firmes, las amistades más antiguas que servían de aglutinante al mundo libre, esto es, a lo que podía llamarse todavía Occidente, se habían despedazado al ritmo de las apostasías más espectaculares; mientras en el campo del socialismo, la crisis general de estructuras destapada por la desaparición de Stalin, al tiempo que se revelaba imposible de superar, impulsaba la esclerótica burocracia reinante, en la filigrana del inmovilismo brezhneviano reanudado por Chernenko tras la presencia fugaz de Andropov, a salvar la amenaza constante y creciente de su desahucio inevitable, a colocar puntos de apoyo estratégicos, por interposiciones agentes, en Asia, África, América Latina con el fin de aislar a los Estados Unidos de sus últimos aliados, haciendo financiar por unos y por otros la adecuación de su técnica militar a las situaciones estratégicas cambiantes con vistas, no por lo visto a enfrentarse a aquellos en un choque directo sino a poner alrededor de ellos un sitio infranqueable de modo de provocar tarde o temprano su capitulación.

Todos los problemas en suspenso desde 1945 son políticos en su aprehensión formal. Pero con su cortejo infinito de derivaciones en profundidad al que han dado lugar a lo largo de estos oscuros decenios, no nos entregan solamente, si queremos reflexionar con seriedad acerca de ellos,

la prueba de que la utópica búsqueda del apaciguamiento, de la coexistencia política, de la distensión alcanzó su punto final de modo mucho más abrupto de lo que nadie hubiera podido imaginar. También autorizan a pensar que el cierre del período histórico que han conformado, posiblemente sea la antecámara de ese tercer conflicto mundial que, visto el signo bajo el que se cree por lo general que se desenvolvería, daría su sentido pleno, entre otros a los ojos del cristiano, a las profecías del apóstol San Juan y que su inminencia proclamado un poco por doquiera quizá concurre a abrir los ojos del no creyente. A menos que ese conflicto haya estallado ya con el derrumbamiento deliberado, como punto de partida, del avión coreano a fines de 1983. Ya que bien se ha visto, reiteradamente, no es necesario declarar una guerra para iniciarla, y se la puede emprender bajo los disfraces más disfraces: terrorismo en extensión hasta alcanzar escala universal, operaciones militares indirectas, etc.

Acerca de los hechos que se han acumulado en Occidente, el observador de buena fe tiene luces suficientes y no es necesario estar en el secreto de los dioses para descubrir con precisión las formas de su desenvolvimiento y prever con relativa seguridad hacia donde nos conducen. Indudablemente, lo que es indispensable es estudiar a Rusia desde adentro en el período que se abre *grosso modo* con la afirmación de la dictadura de Jruschchov, que coincide con la experiencia kennediana y la firma del Pacto de Helsinki considerado como final fáctico de la política de distensión, considerando esta triple circunstancia como la placa giratoria alrededor de la cual se articulan los hechos anteriores y los ulteriores. Tarea indispensable que ha de ser precedida, en efecto, por una exploración atenta de los problemas generales de los que han surgido las situaciones que conforman el cuadro inquietante de nuestros días y los mañanas dramáticos de nuestra civilización. La presente aproximación, quizá demasiado extensa, es necesaria por consiguiente aunque más no sea porque nos ayudará a delinear correctamente el mapa de la relación Este-Oeste. No se tratan por lo demás, de dos ópticas distintas. Oriente y Occidente se enca

minan hacia una salida que, catastrófica o no, es idéntica para el uno como para el otro. Lo que quiero aclarar es que estas páginas se limitan a la búsqueda de las causas que han producido los efectos cuyos embates nos está sacudiendo. Si no las rastreáramos hasta donde se encuentran en el pasado -y, para lograrlo, hay que ir bastante lejos en el tiempo-, estos efectos, reducidos a su aprehensión inmediata, perderían su verdadero sentido. Por consiguiente, intentaremos descubrir las líneas de fuerza que, subterráneas por lo general, sólo empiezan a aflorar y empujan, sin conexión aparente, pero sí con resolución para imponerse desde las honduras de la sociedad rusa a través de la tempestad desatada hace más de medio siglo para ahogarlas.

En el mundo de hoy, mutilado en sus fuentes espirituales, quizá ellas sean las únicas capaces aún de impedir la catástrofe de nuestra destrucción o de nuestra captación y, a fin de cuentas, de salvarnos a todos sin que sea necesario ya extender sutiles distinciones de credos. Al avanzar, no me siento presa en absoluto de ningún mesianismo dostoiévskiano -en el supuesto caso de que Dostoiévski haya sido mesiánico y no simplemente profético- pues, con ello, no hago sino atenerme a datos plenamente observables y verificables y que cualquier espíritu inquieto puede analizar a condición de tener paciencia suficiente para explorar los hechos, los actos de los hombres detrás de la fachada. Circunstancia poco frecuente ya entre nosotros por cuanto nuestros órganos de información, nuestros expertos en política internacional, nuestros institutos más especializados, nuestros diplomáticos y nuestros políticos evitan cuidadosamente ir hasta el fondo del problema, cuando no se empeñan en dar de este problema versiones sistemáticamente equivocadas.

¿Qué es, en suma, lo que nos lleva a hablar de la Vieja Rusia como de un valor siempre viviente y presente?

Quizá, más que de esta Rusia entendida como si se tratara de un cuerpo firmemente delineado en el tiempo y en el espacio, esto es, estático como de algo suficiente a sí

mismo y, desde este ángulo de aprehensión, reducido a limitarse a su propia supervivencia en un mundo hostil, pero mantenido en un espacio geográfico determinado, más correcto sería hablar del legado de la Vieja Rusia, que pertenece al mundo en su totalidad y, por lo pronto, tan singularmente como a los rusos, a nosotros occidentales. Este ya es un valor más amplio y profundo a la vez que más dinámico porque, en él, se encarna una tradición pujante, que es universal, por encima de los escombros causados por una experiencia que se quiso, que sigue pretendiéndose, destructora de todos los valores inmutables del cristianismo más que, no obstante todos sus esfuerzos, ha errado el blanco que se había fijado. En la medida en que los portadores de esta experiencia han fracasado en Rusia, los triunfos, aun los más espectaculares, de que pueden vanagloriarse ante el mundo occidental permanecen aleatorios y nunca podrán apreciarse como perdurables.

Pues bien, este legado ruso ha sido el blanco principal, la víctima deliberadamente elegida en este transcurso de la era de las revoluciones como Francia lo había sido en su comienzo, en 1789. No hay solución de continuidad en el propósito de destrucción de la Hija Primogénita de la Iglesia y la de la Santa Rusia...

En 1917, Rusia era la última tierra de santidad existente en el mundo. El fervor religioso era tan ardiente como en los tiempos en los que solamente la fe ayudaba a los rusos a sobreponerse al azote tártaro y a afrontar los Tiempos Turbios. Para los hijos de la *Pravoslavie*, los santos Borís y Gleb seguían tan tiernamente presentes como en los días de su martirio. Ciertamente, una parte no desdeñable de la *Intelligéntsia* alcanzada por el positivismo en descomposición -que fue el aporte más consistente del pensamiento occidental a la cultura rusa a fines del siglo XIX y a comienzos del XX- se había liberado de toda atadura espiritual, se había vuelto incluso activamente antirreligiosa o, en el mejor de los casos, festivamente escéptica. Y, en esa "parte" ni siquiera mayoritaria de sus hombres de cultura, no incluyo a los miembros de la *intelligéntsia* marxista

que, de ruso, nada tenían o poco, y, en el plano de la pura tarea intelectual, no lograban alcanzar el menor predicamento, ni Lenin, ni Plejánov, ni Trotski, ni Kámenev y otros Lunacharsky, aun cuando se consideraran a sí mismos como intelectuales de pura cepa. Se olvida con demasiada frecuencia en Occidente que el sector más considerable de la *intelliguentsiia*, probablemente el más brillante de Europa así como logró expresarse durante los quince años que precedieron el estallido de la primera guerra mundial y de la revolución, fue abiertamente religioso. Nombres como el de Vladímir Soliviov, que no es único ni aislado por cierto, bastan para ilustrarlo. Esa que ha sido llamada "Edad de Plata de las Letras rusas", brilla con luz incomparable aun cuando la comparemos con el "Siglo de Oro", de los Chaadaiev y Jomiakov, de los Púshkin, Gógol y Liéskov, de los Turguéniev, de los Tiútchev, de los Dostoievski, de los Tolstoi. Pues esta Edad de Plata, la ilustran en todos los planos de la creación estética e intelectual historiadores como Kliuchevski, novelistas como Merezhkovski, filósofos como el ya citado Vladímir Soloviov, gran poeta a la vez y teólogo muy escuchado en Roma como en Moscú, Nikolai Berdiaev, Sergio Bulnákov, León Shestov, poetas como Konstantin Balmont, Ana Ajmatova, el joven Borís Pasternak, Andrés Bieli, Sergio Gorodetski. Por no hablar de Alejandro Blok, que acabará adhiriéndose a la revolución pero colocando a Cristo a la cabeza de "los Doce", y murió desesperado. Y sobre todo, de Nikolai Gumiliov, el mayor de los poetas rusos del siglo XX, no indigno de sostener cualquier parangón, incluso con Púshkin, que fue fusilado por orden expresa de Lenin en 1921 porque también era ardientemente ortodoxo y monárquico.<sup>1</sup> ¿Qué decir de los músicos, si no que todos los que han dejado su huella en este siglo, Igor Stravins

<sup>1</sup> He estudiado este período glorioso de las Letras rusas, en su faz poética, en mi: Cinco poetas rusos ante su patria. Púshkin, Tiútchev, Alejandro Blok, Nikolai Gumiliov, Esenin, publicado en 1951 por la revista "Estudios Franceses". en su doble entrega sobre Segundo Centenario de la Enciclopedia (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo). Sobre este tema, excelente es el estudio de James WEST: Russian Symbolism. Londres, 1970. Para una exploración más completa de las condiciones de vida de la sociedad rusa en el período considerado, ver el Manual histórico de Sovietología. Buenos Aires, 1984.

**ki para empezar y, tras él, Glazunov, Rachmáninov, Prokófiev, llegaron a la gloria, y no solamente en Rusia, durante el reinado de Nicolás II.**

**La ejecución de Gumiliov debía significar en la voluntad de los nuevos amos de la vieja tierra rusa -a la que llamaron de inmediato RSFSR, o sea, República Federativa Socialista Soviética de Rusia, antes de despersonalizarla más enteramente aún con la sigla URSS, lo que ha venido a hacer de ella un país sin nombre -el acta de defunción de la Santa Rusia. Todo, creían ellos, había sido sepultado con la descarga de ese piquete de ejecución: *Provoslavie*, tradición, cultura, poesía, el alma misma del hombre ruso al que Bizancio había regenerado con el bautismo. En su lugar, sobre las tumbas de ese cementerio infinito, sólo tendría cabida aquello que llamaban "hombre nuevo soviético", versión marxista-leninista del *homo faber* engendrado por su "humanismo integral". Porque, entre todas las revoluciones que se habían producido a partir del siglo XVI, la bolchevique sería la que cerraría el ciclo. No era esta vez la revolución de los nobles contra el rey, como la Fronda, o la de un movimiento religioso que sólo quería substituir una herejía a una Iglesia tradicional, como habían hecho Isabel I y los Cecil; como la de los burgueses masones, jansenistas y libertinos de la Asamblea Legislativa de 1789; revoluciones que no habían logrado alcanzar al hombre de Inglaterra y de Francia -aunque estas dos últimas hayan sido profunda y esencialmente anticatólicas- en todos los secretos de su alma inmortal. No era la del burgués desatado por el capitalismo naciente que descartaba al noble de servicio y derribaba el trono del rey para levantar el del dinero. Esta de Octubre fue la de los "endemoniados" llevada a cabo, por encima de las instituciones políticas y sociales, contra Dios mismo, contra el corazón y el alma del hombre ruso. Por esto, con ríos ininterrumpidos de sangre, pretendía hacer florecer el último de los humanismos, aquello que, años más tarde, Kalínin llamaría el de "la historia real, en la que la inteligencia conducirá al mundo..."**

**Tenemos que ver, por consiguiente, cómo y en qué me-**

dida ese nuevo humanismo logró transformar el alma y el legado de la Vieja Rusia. Pues, sin esta exploración previa, las condiciones de nuestro tiempo, trucas en su base, se nos escaparían en sus efectos reales.

Aún cuando querían destruirlo todo, los "humanistas" llamados a degüello por Lenin —y nada cambió con sus sucesores, incluidos Jrushchov, Brézhnev, Andrópov y, obviamente, Chernenko, ya que se puede matar de muy distintas maneras, hasta dejando de liquidar físicamente— tenían que buscarse justificaciones en el pasado ruso. Obviamente, Pugachiov, Steñka Razín, los tirabombas de *Zemlia y Volia* y otros nihilistas más o menos adictos al borocromo conformaban una tradición poco reluciente, incluso a los ojos de personajes tan ilustrados como los miembros del primer Consejo de los Comisarios del Pueblo, y tengo por seguro que, al malogrado Alejandro Blok, se le quitó la cartilla de abastecimiento por haber puesto demasiada convicción en su cantar de las hazañas de los *Escitas*. Y, además, allí estaban Maksim Gorki y sus amigos de la *intelliguéntsiia*, digamos, progresista, entusiasmados por la revolución pero, a la par, escasamente propensos a entregarse incondicionalmente al magisterio leniniano. Ellos también eran "humanistas", pero tenían respeto por la cultura rusa, que querían *devolver al pueblo*, limpiándola "solamente" de sus lacras clericales y burguesas. Su única ambición era la de orientar "espiritualmente" —en el registro laico, por supuesto— lo que llamaban "Nueva Rusia". Las cárceles había que destruirlas; las iglesias y los monasterios, no; a éstas bastaría transformarlas en ateneos culturales obligando a los popes y a los monjes, esos parásitos de la ignorancia popular, a trabajar "útilmente" en las fábricas y en el campo. Y, sobre todo, no se debía matar a nadie, ni a los clérigos, ni a los intelectuales reaccionarios, ni a los burgueses. Sólo con el ejemplo, se les haría entender la conveniencia de que renunciasen, por propia voluntad, a sus ideas obsoletas, a sus ideales trasnochados. Pues Gorki y los de su séquito, como en la cul

tura, creían en la bondad innata del hombre. Para ellos, la primera reforma debía ser la de la educación y de la cultura pues, por estúpido que fuera, su humanismo era humanitario. Lenin que los necesitaba para asentar más firmemente su dictadura mediante la pasividad de los intelectuales de izquierdas y para hacerse cartel en el *extra muros*, los utilizó, por consiguiente, así como utilizaba a los especialistas de la *Cheká* acuartelados por Dzerzhinski en el inmueble de la plazoleta Lubiánka que, hasta la revolución, había sido sede de una importante compañía de seguros. Los utilizó fingiendo escuchar atentamente sus consejos de moderación, sin que, por lo demás, a Gorki le pasara por la cabeza la idea de intervenir a favor de Gumiliuv, demasiado reaccionario para inspirar conmiseración incluso a un humanista fogueado. Así, Lenin no perdía oportunidad alguna de excusarse ante ellos por los "excesos" contra los que protestaban, atribuyéndolos con todo desparpajo a los elementos anarquistas infiltrados que aprovechaban los desórdenes de la guerra civil para cometer impunemente sus fechorías. Hasta que, en 1921 -más exactamente en agosto de 1921- dio la farsa por terminada mandando fusilar a Gumiliuv sin causarles pena alguna a Gorki y a su *druzhina*. La guerra civil había sido superada así como el conflicto con Polonia y la Unión Soviética acababa de adoptar la nueva Política Económica (NEP) con la que pretendía ofrecerse al mundo burgués como socia digna de atención. Lo pretendía y lo lograba. Pues ¿qué importancia tiene un poeta a los ojos de un financiero cuando se trata de grandes negocios? "*Los affaires c'est le sang des autres*", había dicho un armamentista durante la primera guerra mundial.

Con esta ejecución decidida ya como ejemplo *ne varietur* se explaya, libre ya de toda atadura, el humanismo marxista-leninista, todavía en vigor cuyo propósito era y, vuelvo a repetir, sigue siendo, la destrucción del legado ruso en su totalidad, tarea ejemplarmente iniciada, a hachazos, dos siglos antes, por Pedro I.

Por supuesto, esta labor de destrucción que se prolonga desde hace más de sesenta años sin un instante de pausa cu

bre un abanico extenso de métodos y de medios, se ejecuta en una serie de planos variados hasta el infinito con el propósito de cubrir todos los elementos que, a través de los siglos, concurren a formar la cultura y la civilización, esto es, la tradición de la que vive el pueblo ruso, cultura, civilización, tradición irreemplazablemente ortodoxas.

Toda herencia es una tradición, el resultado de una tradición; ésta se funda en el conocimiento del pasado, y el lenguaje es su vehículo insustituible. El padre enseña al hijo aquello que su propio padre le transmitió como herencia de sus mayores. Lo que sabemos, lo que hace que seamos lo que somos nos ha llegado, pues, generación tras generación, a lo largo de este camino que arranca de una tradición respetada sí, pero, a la vez, renovada y enriquecida. Ello significa que, a través de la historia de una familia, de una raza, de una nación, la tradición, hecha de múltiples tradiciones, se transforma y vuelve constantemente a reconstituirse sobre la base de costumbres individuales y colectivas cuyo tronco inmutable se vivifica por el aire que recibe de las ramas nacidas de su savia.

Ahora bien, la tradición del pueblo ruso, su tronco eslavo ortodoxo, nunca dejó de crecer desde los tiempos de San Vladimiro -Vladimir el Bautista- hasta la revolución, pesada, organizada e instalada por Vladimir Ilich Uliánov, o sea, Lenin, Vladimiro el Apóstata. Sus ramas florecieron siempre más vigorosas, buscando su aire y su luz hacia aquello que el esclavófilo Jomiákov llamada "el viejo Occidente, tierra de las santas maravillas". Durante aquellos mil años se forjó la tradición rusa, esa herencia que nos pertenece tanto como a los rusos, como la herencia de Occidente es tan suya como nuestra pues ambas constituyen lo que seguimos llamando civilización europea u occidental, si bien se quiere. Una y otra tienen la misma madre, Grecia. Esta es quien les ha dado vida, la misma vida engendrada por el Cristianismo -el de Roma y el de Bizancio- que, justamente, es lo que el humanismo marxistaleninista ha querido y quiere destruir, primero entre los rusos, luego pero concomitantemente, entre nosotros.

Como excelentemente indicaba Vladimir Weidlé,<sup>2</sup> existen varias maneras de romper con una tradición: destruyéndola, silenciándola, incomunicándola y falsificándola. Por mi parte, yo diría que estas cuatro maneras han sido puestas en acción simultáneamente en Rusia, dándoles el poder mayor o menor volumen unas con respecto a otras según las "necesidades" que los portadores del humanismo de que estamos hablando tenían que afrontar para hacer avanzar sin pausa ese novísimo método de regeneración de la humanidad. La destrucción es el fin invariable, siendo sus medios flexibles el silenciamiento, la incomunicación, la falsificación.

En el pasado, si se exceptúa la herencia grecorromana que se rompió con el final del mundo antiguo -no obstante lo cual, éste, será útil recordarlo, se prolongó hasta el siglo XV en Bizancio, matriz de nuestro propio Renacimiento-, mas que, nunca olvidada del todo, volvió a reconstituirse en Occidente, jamás hubo ruptura absoluta en la herencia de una civilización. Únicamente el que yace, al fin solo otra vez, en el mausoleo de la Plaza Roja, quiso provocar el corte definitivo de lo que, con la mejor de las buenas voluntades, no me atrevería a llamar *su patria*, con su herencia milenaria, por la escueta razón de que era *rusa y cristiana*.

En estas albas ecuménicas, no nos vendrá del todo mal definir, por brevemente que sea, la esencia cristiana de este legado ruso, aunque más no fuere porque quienes propician este movimiento tienen por meta, por lo menos se lo supone, la unión de todas las Iglesias cristianas, paso previo para la conversión de todos los hombres, hebreos incluidos, a la fe de Cristo. Este no es el lugar más apropiado para que nos extendamos acerca de los motivos y de los pretextos por los que el Cardenal Humberto y el Patriarca Miguel Cerulario, en 1154, se creyeron justificados para excomul-

---

<sup>2</sup> En Octubre 1917. La révolution russe et son destin, entrega especial de la revista "La Table Ronde", ahora desaparecida: París, octubre-noviembre de 1967. El largo ensayo de Vladimir Weidlé se titula justamente "L'héritage de la Russie".

gar respectivamente a la Iglesia Griega y a la Iglesia Latina.<sup>3</sup> Estos motivos y pretextos han perdido mucha razón de ser, en el supuesto caso de que la hayan tenido jamás, cuando menos hasta provocar ruptura tan brutal. Se ha hablado durante siglos de *furor theologicus*. Tengo para mí que ni Humberto, ni Cerulario se preocupaban mayormente por la teología y que el suyo fue a fin de cuentas un simple *furor canonicus*. Lo que más contó para ellos no fue la Procesión del Espíritu Santo, la primacía de Pedro ni la comunión bajo las dos Especies. Fue la barba o el afeitado de los clérigos, su celibato o su matrimonio y, sumando y restando, una cuestión de precedencia -no de primacía- puramente terrenal. Pero, pese a todo, éstos han sido nueve siglos de hostilidad profunda. a menudo violenta v. demasiadas veces, extremadamente brutal, hostilidad, violencia y brutalidad de la que los Latinos -recordemos la Cuarta Cruzada- no podemos decirnos exentos en absoluto. Para entendernos, será suficiente recordar el sentido singular, repetimos, de los jefes de dicha expedición para quienes el *Filioque* contaba tanto como las barbas de Mahoma.

Puesto que estamos hablando de fraternidad cristiana, aquí está la esencia del cristianismo ruso, esto es, de la tradición y de la herencia rusas, aquello que justamente Lenin v sus diadocos han querido reemplazar por su humanismo sin misericordia.

Cuando un cuadro, una partitura musical, una novela, una obra filosófica. pongamos, un paisaje de Repin, *La vida*

---

<sup>3</sup> Ver A. M. AMMANN: Storia delle Chiese russe e dei paesi limitrofi. Turín. 1948. Cuando se habla de la política de rusificación de los zares, se da a entender que perseguía a los no ortodoxos, cuando el Estado confesional ruso pagaba idéntico estipendio a los sacerdotes católicos y a los pastores luteranos que a los clérigos ortodoxos ya antes de 1905. en el momento mismo en que la Francia de Emile Combes y de Waldeck-Rousseau, liberada por la política del Ralliement, cerraba conventos e iglesias y desterraba a los religiosos, mientras en Inglaterra, los católicos eran considerados todavía como elementos antisociales, como en los Estados Unidos, por no hablar de los Países Bajos, de Suecia, pese a ser todos estos lugares sagrados de la libertad de pensamiento.

por el Zar de Glinka, *Los demonios* de Dostoievski, las *Cartas sobre filosofía de la historia* de Chaadaiev, son considerados como "decadentes" por no responder a las normas del aludido humanismo que, en este caso, se llama "realismo socialista", se los puede quemar, pública o subrepticamente. Así hicieron en incontables oportunidades Lenin y Stalin, como hizo también su colega en humanismo, ariogermánico esta vez, Adolfo Hitler. También para obtener divisas fuertes, se puede vender los cuadros en el extranjero, método igualmente practicado por los ciudadanos Lenin, Stalin e Hitler (que prefería vender a banqueros judíos, como hizo con el Rothschild al que encontró en Viena en 1938). Existe un método menos clamoroso pero más eficaz para liquidar una cultura: encerrar libros, cuadros y partituras bajo siete llaves en los sótanos de las bibliotecas y de los museos. Infinitamente más que los anteriores, este método resulta "conducente" a los fines trazados por cuanto, con él, se saca de la circulación las obras condenadas y, paulatinamente, el público las olvida y acaba perdiendo memoria del nombre mismo de los autores, mientras cuando vendía los íconos de Rubliov -sacado hace poco "cinematográficamente" de las catacumbas-, o las telas de Rafael y de Rubens que habían pertenecido a los nobles y a los mercaderes, Stalin los ponía o volvía a poner en el circuito universal. Los rusos seguían ignorándolos pero el resto del mundo los "adquiría" sin necesidad de viajar a San Petersburgo -quiero decir, a Leningrado-, o a Moscú para admirarlos en el Hermitage y en la Lavra de la Trinidad San Sergio. Finalmente -y ello vale sobre todo, pero no sólo, para las obras literarias-, cuando resulta imposible disimularlas al público, se las puede volver a imprimir con sólo falsificarlas o quitar del texto original todo aquello que no condice con la sentencia: "Todo empezó en Octubre". Si queremos dejar de lado el caso de los escritores que vivían en esa fecha y a los que, cuando no se los fusiló como Nikolai Gumiliov, se construyó al exilio o al suicidio, o se eliminó en la deportación como sucedió de Sergio Bulgákov a Alejandro Solzhenítsin, pasando por Blok, Shestov, Bierdiáiev, Esenin, Babel, Marina Tsvietáieva, Pasternak, Anna Ajmatova, digamos que este método no conoce solución de continuidad. Pues nadie logra

zafarse de la llamada "vigilancia revolucionaria" que no necesita matar tanto porque se ha perfeccionado procediendo a su constante sofisticación. Esta "vigilancia revolucionaria", proyección intelectual del humanismo en acción cultivado por ese humanitario poder cuidadosamente protegido por agentes del *Glavlit* y del KGB como el recientemente finado Damián Biedni y el todavía saludable Mijaíl Sholójov, Premio Nobel de Literatura, si bien se recuerda.

Hablemos tan sólo de los que tuvieron suerte suficiente para desaparecer "antes". La citada obra de Glinka ha vuelto a representarse con el título cambiado por supuesto y tan adulterada en su escenografía y en su interpretación que los personajes aparecen como protomarxistas dispuestos a sacrificarse para hacer posible el nacimiento de la Unión Soviética. Dostoievski fue excomulgado *omnia opera* hasta 1956. Desde entonces, se ha vuelto a publicarlo, pero homeopáticamente. Mas ningún habitante de la URSS puede adquirir sin peligro el *Diario de un escritor* o *Los demonios*. Tolstoi, santón supremo del humanismo progresista, pero condenable en la medida en que siempre siguió afectado por la lacra del "popismo". como decía Lenin, vale decir, de espíritu religioso, aunque la suya fuera una religión sin Iglesias y sin dogmas, o sea, a fin de cuentas, sin Dios, es objeto de una fingida veneración oficial, mas ¿quién, por ventura, oyó hablar en la URSS, de aquellos de sus escritos en los que vitupera la religión de la Ciencia, el industrialismo moderno, el rebajamiento del hombre de persona libre a esclavo del Estado?

A Púshkin igualmente, que había protestado contra la severidad de Nicolás I, se lo ha hecho "humanista" y, por ende, precursor del marxismo-leninismo. Se olvida solamente que su protesta no fue grito de rebelión, sino llamado a la compasión, llamado muy cristiano ya que el poeta lo era y en grado absoluto, razón por la cual, como cristiano, no como opositor, se dirigía al emperador para que perdonara, puesto que tenía poder para hacerlo, en nombre de la compasión, sentimiento más exquisitamente cristiano aún que el de lástima o de piedad. Pues significa sufrir con el que

sufre, porque este sufrimiento es el sufrimiento de Cristo, suma de todos los sufrimientos, que el hombre debe compartir para merecer Su Compasión.

Evidentemente, en la óptica "humanista" imperante en la Unión Soviética, todos estos clásicos -aquellos de los que se habla, pero ¿quién oye hablar libremente de Soloviov, de Jomiakov, de Lieskov?- forman parte del patrimonio nacional. Pero en su debido lugar, esto es, en el mismo nivel, ni más abajo, ni más arriba, que los soplones que acabo de traer a colación, en el mismo nivel exactamente que cualquier plumífero adicto al "realismo socialista", forma, si me atrevo a decir, estética, del humanismo marxista-leninista. Ese humanismo que, según el Premio Nobel Mijaíl Shólojov, estuvo degenerando a partir del momento en que se limitó a enviar a Tarsis y a Bukovski al manicomio, a Daniel y a Siniavski al campo de deportación, con desterrar a Amalrik y exilar a Solzhenítsin, en vez de hacerlos fusilar tras juicio somero ante una humanista troika de la GPU -asociación benéfica fundada por el muy misericordioso humanista Feliks Edmundovich Dzerzhinski- como sucedía en los humanitarios tiempos del muy compasivo humanista Iosef Visarionovich Dzhughashvili; y como, así espera nuestro galardonado plagiarista, puede volver a suceder en el momento menos pensado, y cuanto antes mejor.

Esta es la consecuencia de aquello que el ya citado Vladimir Weidlé, en una obra anterior, llamaba "obscurantismo racionalista".<sup>4</sup> Y nada cambió desde 1953, es decir, desde el final por razones biológicas de la fase más facinerosa de la dictadura staliniana. Puede decirse incluso que todo empeoró por cuanto esta mediocrización de la cultura se extiende a Occidente sin encontrar resistencias notables. Aquí, los grilletes de la supuesta "civilización tecnológica" en que nos encontramos atrapados día a día más impulsan a un relativismo cultural que reviste de desdén condescendiente a los mayores escritores y artistas del pasado. Nadie niega que Dante y Cervantes, Balzac y Shakespeare tuvie-

---

<sup>4</sup> La Russie absente et présente: París, 1950.

ron alguna importancia *en su tiempo*, quizá mucha incluso, y siguen teniéndola en parte si bien no se entienda muy bien por qué. Pues vivían en la época de la carreta y de la diligencia y, dígame ¿de qué sirven la carreta o la diligencia cuando se puede ir en 4 hs. 3/4 de París a Nueva York?

Esto, que se puede oír cotidianamente en Occidente en cualquier reunión de "ejecutivos" y aun de "literatos",<sup>5</sup> es moneda corriente entre burócratas del Partido-Estado y en las asambleas de la muy policíaca Sociedad Soviética de Escritores. Con todo, lo que se oye en París, en Milán o en Chicago no tiene mayor importancia por cuanto, entre quienes profieren este tipo de sandeces, muy pocos son quienes lo hacen con el propósito deliberado de romper con una tradición de cultura y de civilización. En el peor de los casos, sus seguidores son individuos que se creen "desmitificados", o sea, en suma, de gente espiritual e intelectualmente mutilada pese a su posición en el abanico social; en el mejor de los casos, individuos totalmente huérfanos de ideas generales, que no tienen noción precisa de nada fuera de sus planillas de contabilidad y de producción. A unos y a otros, siempre se les puede rebatir abiertamente por encima del terrorismo intelectual que va extendiéndose entre nosotros. En la Unión Soviética, la situación es diferente, tanto más diferente cuanto que la aludida postura, impuesta desde arriba policialmente es excluyente de cualquier otra. Allá, por cierto, las sandeces siguen siendo sandeces, aun cuando esas 4 hs. 3/4 se computen para ir de Moscú a Vladivostok; pero se las profiere, no por sarampión tecnocrático o esnobismo nuevaolero, sino en aras de una ideología que se sabe muerta pero a la que se pretende seguir infundiéndole legitimidad y apariencias de vida con inyecciones de glóbulos científicos de modo de lograr por fin el objetivo fijado por Lenin, la destrucción irreversible de la "cocaína espiritual".

Esta pretensión quiere cubrirlo todo, no sólo a los escri

<sup>5</sup> Hay "ejecutivos" también en literatura. Se los encuentra en todas las universidades del mundo libre, en la estela de un Roland Barthes, por ejemplo, de un Michel Foucault, todos inventores más o menos responsables de un engendro terrorífico llamado "estructuralismo".

tores de los tiempos prerrevolucionarios, sino a la historia más antigua de Rusia. De Vladímir Monómaco, que escribía para sus hijos y sucesores: "Dios que ama a los hombres es clemente y muy clemente", se dice ahora puesto que es inevitable hablar de él -que "estaba abierto a los sentimientos humanitarios", un precursor, en suma. Busquen en cualquier diccionario de la Academia Soviética de Ciencias, el ruso-francés de Shcherba, por ejemplo. Allí, *Sostradanie*, que significa muy exactamente compasión, misericordia, se rinde por *sympathie* que, en el uso de hoy, ha perdido su sentido semántico original, ya que, ahora, se puede ser simpático y no por ello misericordioso. Asimismo, el vocablo, *blagoobrazie* que quiere decir "dignidad", "aspecto venerable" -aquella dignidad que, a través del semblante revela la nobleza del espíritu y del corazón, de suerte que un hombre *blagoobraznii* es realmente un "hombre venerable"-, se rinde por "aspecto agradable". Como si San Teófilo el Recluso hubiese alcanzado la gloria de los altares, no por el heroísmo de sus virtudes que lo hicieron venerar durante su vida misma, sino simplemente por su agradable aspecto exterior, en cuyo caso dicha gloria podría estar al alcance del mismo Giacomo Casanova. El sentido de dignidad que tiene esta palabra concierne, en verdad, más que cualquier otro don, a la hermosura del alma, lo que lo torna incomprensible sin un trasfondo luminoso de bondad. Pues, en ruso, belleza y bondad son inseparables de tal suerte que un ser de aspecto hermoso mas que cumple malas acciones no es realmente hermoso, es una horrible caricatura de la belleza o, si se prefiere, una belleza animada por el demonio, que se destruye a sí misma porque lo bello solamente puede ser irradiación del bien. Todo se liga, por consiguiente. Belleza, bondad, compasión implican amor siempre despierto por el hermano que sufre, participación en su dolor. "Amarás al prójimo como a tí mismo", ya que no podías amarte sin amarlo. Stavróguin, que era hermoso, infundía temor porque su belleza era diabólica, porque, no amando a nadie, los odiaba a todos hasta odiarse a sí mismo. Ello quiere decir que, para fundirse con la Bondad y ser verdadera Belleza, ésta debe buscar la luz que la ilumina en el corazón de Cristo, suprema Bondad, suprema Belleza, supremo Amor.

Aquí, y otra vez me remito a Wladimir Weidlé-, "en esta unión íntima en esta *negación de romperla* es donde radica el fundamento de todo aquello que en la vida espiritual de Rusia, intuimos todavía hoy como lo más ruso verdaderamente.

"Los rusos, por lo demás, no fueron quienes crearon este fundamento. Lo recibieron de los griegos con la fe cristiana que les legaron. Otto Weininger dijo equivocadamente que los rusos son el menos griego de todos los pueblos. No son más que el menos marmoreo, el menos olímpico, el menos pagano de los pueblos europeos. Los griegos no hicieron solamente estatuas: pintaron íconos, crearon la idea misma del ícono, de la que la estatua del dios o del héroe había sido, por así decirlo, una anticipación parcial. Pues bien, la lengua griega jamás distinguió netamente lo bueno de lo bello y el mismo Platón no los separa en toda cosa ni enteramente"(...) "En la traducción al eslavón del Libro del Génesis, al contemplar su obra el Creador dice: *Dobro zélo*, o sea, en ruso: *Joroshó vies'ma*. Esto es muy bueno, lo que, en ambos casos, es un elogio de la belleza pero de una belleza que nos resulta imposible concebir como mala" (...) "Lo bueno y lo bello, puesto que participan ambos de la suprema Bondad, de la suprema Belleza, deben brillar, uno a través de otro, cálidamente, como un cirio ante el ícono".<sup>6</sup>

Tal es el legado más secreto y precioso de la tradición rusa que ha llegado hasta nosotros por los iconos de sus monasterios, por las crónicas de sus monjes, por la pluma de sus escritores, desde los tiempos, tan lejanos y próximos, tan "ausentes y presentes" a la vez, de Vladímir Monomaj, de San Sergio de Radonezh, de Teófano el Recluso y que, ahora, nos llama de nuevo con la fe incorrupta, con la oración ardiente de su pueblo. Aun cuando, fuera de toda apreciación estética, de todo juicio de valor que se pueda formular acerca de su obra, Solzhenítsin no nos hubiese entregado más que este testimonio, el lugar que, por él, ocupa en la vida espiritual del mundo contemporáneo alcanzaría desde ya la altura en que se encuentran un Bossuet, un Vla-

6 WEIDLE. L'héritage. voz cit.

dímir Soloviov. Pues esta herencia que él ha vuelto a transmitirnos siempre nos pertenecerá tanto como a los rusos mismos, por ella como por Roma, Oriente y Occidente se confunden y se funden en la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Apostólica, Universal...

¿Cuál es, por consiguiente, a los sesenta años largos de la revolución de Octubre, la situación real de la Iglesia y de los creyentes? No entiendo referirme a la dramática historia de la *Pravoslavia* durante este más que medio siglo de humanismo marxista-leninista en acción. Lo he hecho en todo detalle, en varias obras cuya publicación se extiende sobre más de treinta años. Lo único que quiero fijar aquí, como punto de partida de lo que he de decir es que, a consecuencia del acuerdo suscrito con Stalin en el momento más aciago de la invasión alemana, la Iglesia, en aplicación del artículo 124 de la Constitución de 1936, volvió a conocer una limitada autonomía. Una vez el metropolitano Sergio elegido patriarca, celebró en 1945 su primer concilio que le permitió resolver los cismas creados por el régimen, singularmente el de la llamada "Iglesia Viviente". Ocho seminarios mayores y dos academias de teología fueron abiertos así como 68 monasterios y más de 20.000 templos. Nuevos obispos, muchos de ellos jóvenes, fueron consagrados y el reclutamiento sacerdotal, contrariamente a las previsiones del gobierno, se hizo pletórico. Por lo general y a pesar de presiones administrativas muy pesadas, la Iglesia logró respirar porque Stalin mantuvo su palabra, si bien a su manera, como veremos. Con su muerte, este inesperado fenómeno de resurrección no hizo sino acelerarse. Numerosos hombres jóvenes, entre ellos una fuerte proporción de oficiales que habían combatido en la segunda guerra mundial optaban por el estado sacerdotal o por la vida monástica. Muchas antiguas iglesias fueron restauradas, otras construidas gracias a la generosidad de los fieles. Hasta que, en 1960, en pleno gobierno de N. S. Jrushchov, un censo revelara que un mínimo de 50 millones de rusos se declaraban

ortodoxos creyentes, se casaban por la iglesia, hacían bautizar a sus hijos y les daban ellos mismos la instrucción religiosa que la "ley" prohibía a los sacerdotes impartirles antes de que cumplieran su mayoría de edad.

Sobre una población que acababa de superar los 220 millones -repito: estamos en 1960-, de los que 40 eran musulmanes, 15 protestantes, sin contar varios millones de animistas, unos 2 a 3 millones de hebreos y una cuota no fácil de determinar en cifras pero, de todos modos, no indiferente, de budistas y de confucionistas (sin olvidar a 4 millones de católicos), etc.-, esta cifra "oficial", esto es, inferior probablemente a la realidad, produjo un verdadero espanto entre los promotores del humanismo marxista-leninista. Pues, si en semejante régimen de presión policíaca, 50 millones de ciudadanos se confiesan abiertamente creyentes, la religión no puede considerarse como "asunto de ancianos", condenada, por consiguiente, a desaparecer por extinción natural. Por otra parte, al lado de 50 millones de confesores a los que la persecución puede arrastrar a renovarse algún día como siempre es posible ¿cuántos son aquellos que, por motivos de carrera o de simple seguridad personal no se atreven a reconocerse cristianos públicamente? Todo esto deja mal parado al humanismo de marras y lastimosamente reducidos los porcentajes comparativos que puede brindar un Occidente que, hasta no hace tanto, seguía diciéndose cristiano.

N. S. Jrushchov se encrespó y estableció un plan cronológico de extinción de la superstición religiosa. De este plan, reñido a todas luces con la política de la "mano tendida a los creyentes". Aleksei Adzhubei, yerno del aludido jefe de turno, no habló de seguro al papa Juan XXIII durante la audiencia que este incauto varón le concedió poco antes de desaparecer. De todos modos, en 1964, de las 20.000 iglesias todavía abiertas al culto cuatro años antes, quedaban solamente 7.500; las dos academias de teología había sido cerradas, así como 5 de los 8 seminarios y 50 de los 68 monasterios. En pleno Moscú, la iglesia de los Santos Pedro y Pablo fue dinamitada a pesar de la resistencia de los fieles.

Y, con Brézhnev, valiosamente asesorado por los ciudadanos Andrópov, jefe del KGB, e Ilichev, presidente del Consejo de Asuntos Religiosos, la persecución no hizo más que endurecerse racionalizándose. La reacción de los creyentes encabezada por sacerdotes jóvenes y por algunos obispos -pocos- fue impresionante, no violenta por cierto, pero sí decidida y resuelta. Adoptó dos corrientes, una contra el ateísmo oficial, otra contra la jerarquía patriarcal acusada de espíritu de compromiso y de cobardía, cuando no de colaboraciónismo, ante los atropellos del poder político. El Estado volvió a prohibir la impresión y la distribución de los Libros Sagrados, de los textos teológicos y litúrgicos. No se admitió más que 40 nuevos estudiantes en los tres seminarios restantes por los 200 candidatos que se presentaban cada año solamente en la capital. De esta suerte, centenares de ordenaciones tuvieron que llevarse a cabo en la clandestinidad. En Moscú, de 400 parroquias y lugares de culto existentes antes de la revolución; de los 53 cuya reapertura había sido permitida por Stalin, no quedaron más que 7. La eliminación de Jrushchov, lejos de detener este movimiento de lucha antirreligiosa, fue el punto de partida de una nueva aceleración que permitió reanudar con un aumento de persecuciones personales. Con la asunción de la jefatura del KGB por Iuri Andrópov la crisis, por silenciosa que fuera, asumió carices dramáticos. Su solución, puesto que parece que la hubo en un sentido puramente represivo, cárcel y deportación, fue concebida y ejecutada paralelamente a la liquidación casi total de los grupos disidentes. Ambas operaciones se llevaron a cabo mediante una restauración paulatina de los métodos policíacos con los que el poder staliniano había logrado imponerse al conjunto de la sociedad rusa. No se ha vuelto por cierto a las ejecuciones y deportaciones masivas de aquellos tiempos. Simplemente ha sido suficiente actuar de modo que la población vuelva a sentir la presencia de la "idea del terror" y la posibilidad de que esta idea puede volverse concreta en cualquier momento. Los mismos medios han sido empleados para hacer frente a la "amenaza religiosa". Pero unos y otros han sido aparentemente edulcorados por cuanto, particularmente frente a la Iglesia, la operación se ha llevado a cabo median

te la domesticación casi total y absoluta de la jerarquía y del clero de la Iglesia oficial. No han sido necesarias ejecuciones, por lo menos que se sepa con precisión. Ha sido suficiente deportar los más comprometidos, exiliar a los más conocidos y en menos de veinte años, la apariencia es la de la tranquilidad sobre un trasfondo de noche y niebla. Lo que es suficiente para revelar que el poder, por absoluto que sea, se mueve en un clima de inseguridad.